

Recensión

Scott Hahn, *La primera sociedad. El matrimonio y la restauración del orden social* (trad. de Gloria Esteban), Madrid, Rialp, 2019, 185 pp., ISBN (edición impresa) 978-84-321-5200-9, ISBN (edición digital) 978-84-321-5201-6.

El eminente teólogo Scott Hahn, converso del calvinismo donde profesara como pastor, nos ofrece en *La primera sociedad*, una profunda reflexión sobre “el matrimonio y la restauración del orden social”. Hahn estructura sus reflexiones a partir de una jugosa “Introducción”, que nos pone en materia y que constituye el pórtico para desarrollar su propuesta a lo largo de 15 capítulos.

Explicando las motivaciones que lo impulsaron a escribir la obra, el propio autor expresa: “El reto que propone este libro consiste en aportar a nuestras familias, a nuestras comunidades, a nuestra sociedad y a nuestra civilización, la sobreabundancia de Gracia que se desborda de la vida sacramental de la Iglesia. El mismo poder capaz de transformar a las almas es capaz de transformar el mundo. De nosotros depende que rinda sus frutos” (p. 17).

Hahn ya había hablado sobre el matrimonio y la familia en un contexto eclesial y bíblico y con la profundidad que lo caracteriza, en obras como: *Comprometidos con Dios. La promesa y la fuerza de los sacramentos* (Patmos, Madrid, 2006); *Lo primero es el Amor. Descubre tu familia en la Iglesia y en la Trinidad* (Rialp, Madrid, 2009); *La Evangelización de los católicos. Manual para la misión de la Nueva Evangelización* (Palabra, Madrid, 2016) o *Un Padre fiel a sus promesas. El amor de Alianza de Dios en las Escrituras* (Palabra, Madrid, 2019). Sin embargo, en la obra que presentamos podríamos decir que da un paso más, avanzando hacia consideraciones de na-

turalidad social y cultural, mostrando la importancia que “la primera sociedad” tiene para el orden de la civilización. No se trata de que se haya decidido a proponer ideas nuevas sino, como él mismo lo señala, en estas páginas explicita su pensamiento esbozado en obras anteriores: “Los fundamentos de mis tesis han estado siempre presentes en todos mis textos, así como en la doctrina de la Iglesia. Hoy, sin embargo, estoy más convencido que nunca de que no podemos seguir callando sus implicaciones” (p. 15).

El texto se encuentra situado en el contexto de una cultura actual secularizada y ajena a la fe que es descrita por Hahn, y de la cual señala como núcleo inspirador la ideología del liberalismo a la que somete a severa crítica. Y a la que opone una cultura fundada en Cristo: “Una cultura más aceptable, más hermosa y más católica” (p. 15), que implique “un nuevo amanecer de la civilización cristiana” (pp. 16-17), es decir, “un renacimiento de la civilización cristiana” (p. 29). Esa cultura a la que la Iglesia está llamada a construir, pues “su doctrina y su autoridad tocan todos los aspectos de la experiencia humana: social, cultural, económico, político, etc. Es precisamente esta catolicidad la que señala el camino a una civilización que se está desintegrando” (p. 152). Y el primer peldaño de esa construcción, radica en defender y promover la familia sostenida en el matrimonio estable entre un varón y una mujer hasta que la muerte los separe.

Con su habitual estilo coloquial y plagado de anécdotas, que amenizan la lectura, Hahn abre sus reflexiones recordando “una ocasión en la que, hablando con mi mujer, esta me comentó cuánto le preocupaba la clase de mundo que vamos a legar a nuestros hijos. Yo le respondí que nuestro deber de padres no consiste en legar a nuestros hijos un mundo, una sociedad o una cultura determinadas, sino únicamente la fe. De modo que hay que comenzar por centrarse en lo que tenemos más cerca y nos es más querido. No podemos controlar la cultura de la nación o de la civilización que heredarán a nuestros hijos, pero sí podemos hacer cuando esté en nuestra mano para asegurarnos de que nuestros hijos hereden la fe verdadera. No podemos controlar la clase de sociedad con la que tendrán que lidiar nuestros hijos pero sí podemos influir en la clase de hijos católicos con los que tendrá que lidiar nuestra sociedad”. Y cierra magistralmente: “En

otras palabras: lo que estamos haciendo es transmitir hijos a nuestra sociedad, y no transmitir una sociedad a nuestros hijos” (p. 14).

Sin perder de vista que está incursionando en cuestiones que cuentan con una dimensión natural, Hahn se ocupa de mostrar constantemente, que las personas y las instituciones que las integran, no pueden por su propio esfuerzo cumplir la vocación de plenitud a las que están llamadas. Pesan sobre ellas, los efectos del pecado original, que les exige abrirse al orden sobrenatural, que a través de la Gracia, les permite ser restauradas en Cristo. Lo dice en varios lugares. Por ejemplo, cuando recuerda que “los preceptos del matrimonio natural –la permanencia, la exclusividad y la apertura a la vida– no deben considerarse meras prohibiciones. Por lo general el matrimonio y la santidad implican algo más que evitar las caídas: implican nuestra transformación en Cristo” (p. 63). Y en otro lugar: “Sin la gracia del Señor que nos purifica y nos fortalece el matrimonio cristiano no solo es radical, sino *imposible*. De hecho, Jesucristo nos llama a una perfección que nuestra naturaleza humana es incapaz de alcanzar por sí misma, pero que sí *podemos* recibir de un Dios que es Amor” (p. 176. *Cursivas en el original*).

Pero la necesaria presencia de Jesús, el Cristo, en el ámbito humano no se reduce al ámbito individual ni tampoco al matrimonial o familiar, sino que involucra también las demás instancias sociales y políticas en las que el hombre desarrolla su vida: “La política no es más que la comunidad que vive para y en Cristo” (p. 159). Es que, como dice Hahn, “Sólo la gracia puede sostener la comunión –especialmente el deseo permanente del bien común– que hace posible la sociedad. Y por eso una sociedad duradera debe unirse a Jesucristo, fuente de la gracia. Quizá el lema más apropiado para aquello a lo que aspira el pensamiento social católico sería *Totus Christus* – ‘todo Cristo’ – en las familias, en las comunidades y, si Dios quiere, en todas las sociedades” (p. 150. *Cursivas en el original*). Por ello, puede decir que “desde una visión cristiana de la sociedad, tenemos que ser Jesús los unos para los otros” (p. 51).

El reconocimiento de Cristo por los hombres y las sociedades, no es en la actualidad una verdad que tenga reconocimiento institucional, ni en las sociedades políticas ni en las organizaciones internacionales.

Por ello resulta especialmente valioso que Hahn la recuerde, máxime que él es un autor norteamericano y por ende, que ha nacido y vive en un Estado que si bien manifiesta su respeto a todas las creencias, está estructurado desde sus orígenes en una actitud de indiferencia frente a Cristo y su Cuerpo Místico, la Iglesia. Pero cuestionando esta situación histórica y cultural, a nuestro autor le “parece evidente que la indiferencia de la *comunidad* frente a la verdad religiosa no es mejor que la indiferencia de la *persona* frente a la verdad religiosa. Del mismo modo que Jesucristo y su esposa la Iglesia deben ocupar el centro de nuestro corazón, deben ocupar también el centro de la sociedad. Así lo exige el bien común, tanto el que se refiere a nuestros deberes terrenales como a nuestro destino celestial” (p. 136. *Cursivas en el original*).

Con estas afirmaciones, lo que ha hecho Hahn es prestar un indudable servicio a la difusión de un segmento de la Doctrina Social de la Iglesia hoy descuidado u olvidado, y que sin embargo resulta fundamental para comprender la enseñanza del magisterio y cuáles son los fines a los que los cristianos seculares, los laicos deben orientar su apostolado social y político. Las lúcidas páginas de este libro, no son sino un eco de las enseñanzas de la Declaración *Dignitatis Humanae* (n. 1):

Este Concilio Vaticano estudia la sagrada Tradición y la doctrina de la Iglesia, de las cuales saca a la luz cosas nuevas, de acuerdo siempre con las antiguas. En primer lugar, profesa el sagrado Concilio que Dios manifestó al género humano el camino por el que, sirviéndole, pueden los hombres salvarse y ser felices en Cristo. Creemos que esta única y verdadera religión subsiste en la Iglesia Católica y Apostólica, a la cual el Señor Jesús confió la misión de difundirla a todos los hombres, diciendo a los Apóstoles: ‘Id, pues, y enseñad a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a observar todo cuanto yo os he mandado’ (Mt 28:19-20). Por su parte, todos los hombres están obligados a buscar la verdad, sobre todo en lo que se refiere a Dios y a su Iglesia, y, una vez conocida, a abrazarla y practicarla.

Confiesa asimismo el santo Concilio que estos deberes afectan y ligan la conciencia de los hombres, y que la verdad no se impone de otra manera, sino por la fuerza de la misma verdad, que penetra suave y fuertemente en las almas. Ahora bien, puesto que la libertad religiosa que exigen los hombres para el cumplimiento de su obligación de rendir culto a Dios, se refiere a la inmunidad de coacción en la sociedad civil, deja íntegra la doctrina tradicional católica acerca del deber moral de los hombres y de las sociedades para con la verdadera religión y la única Iglesia de Cristo.

La enseñanza del Concilio, que abrevia en este punto, como vimos en la cita precedente, en la “doctrina tradicional católica”, tiene en las encíclicas *Immortale Dei*, de León XIII y *Quas Primas*, de Pío XI, una de sus formulaciones más acabadas, como lo recuerda el *Catecismo de la Iglesia Católica*, documento que comenta y al que remite el propio Hahn para respaldar su escrito.

Frente a los intentos fallidos de organizar el mundo sin Cristo, Hahn señala que “el objetivo común de la humanidad –es decir, el principal bien para el que hemos sido creados todos– es la comunión eterna con el Señor en el cielo. Aunque los órdenes político y social son incapaces de salvarnos, deben construirse en torno a este aspecto esencial de nuestra humanidad. No crear un orden que conduzca la salvación es, en sentido literal, inhumano” (p. 89). Por ello, entiende que las actuales circunstancias culturales de apatía religiosa, en lugar de provocar la desazón o el retraimiento pesimista de los cristianos constituye una excelente ocasión para anunciar estas verdades. Son sus palabras: “Ahora que nuestra época liberal y secularizada avanza renqueante, se nos brinda la oportunidad histórica de redescubrir y revitalizar la verdad sobre Cristo y la sociedad” (p. 158).

Y en esa dirección, luego de recordar la doctrina de la Iglesia sobre la Realeza Social de Cristo, Hahn pasa a exhortar a sus lectores a hacerla carne en las propias vidas y a lanzarse con ella, a la tarea de cristianizar la sociedad. Y ello sólo se podrá conseguir con la unión a la Persona y la enseñanza de Cristo, porque “Cristo no desaparece

nunca ni es una abstracción sino una *persona* con una presencia real y llena de poder” (p. 173. Cursivas en el original).

Finalmente, señala: “En lugar de quejarse tanto a la espera de que la ‘sociedad’ reaccione, lo que tiene que hacer la Iglesia (incluidos –y de un modo especial– los laicos viviendo el sacramento del matrimonio) es reaccionar. Si queremos conservar la esperanza de que el poder y el amor de Cristo transformen nuestra sociedad, antes hemos de aceptar su reinado abriéndonos radicalmente al Espíritu Santo” (p. 176). Como dice Jennifer Roback Morse, fundadora y presidente del Instituto Ruth, citada en p. 184: “Llevamos demasiado tiempo dejando en el banquillo al mejor jugador: Jesús”.

Una obra, como todas las de Scott Hahn, que se lee con gusto y en la que el autor une su capacidad para transmitir límpidamente su mensaje, con un admirable conocimiento de la Revelación, la Tradición y el Magisterio, que en diálogo crítico con la cultura actual sumida en la desorientación y la tristeza, le expone la Verdad de la Esperanza, que es Cristo. Como dice Hahn: “Lo que tenemos que elegir es si actuamos a favor o en contra de la relación de amor que Cristo desea mantener con nosotros. Lo segundo conlleva la ruina personal y la discordia social. Lo primero conlleva la salvación y constituye el núcleo de la sociedad sacramental. Cristo es el único fundamento seguro de la paz social y de la prosperidad de una civilización” (p. 174).

Ricardo von Büren
Universidad del Norte Santo Tomás de Aquino
ricardo.vonburen@unsta.edu.ar



Publicado bajo una Licencia Creative Commons
Atribución-NoComercial 4.0 Internacional